

Memorialistas & Viajeros

Paul Klee: “Diarios”

Bartolomé Leal, desde Santiago

El pintor suizo Paul Klee (1879–1920) es una de las figuras fundamentales del arte del siglo XX, y un renovador de la plástica cuya influencia se hace notar hasta el día de hoy. Fue además de artista, un pensador del arte. Elaboró abundantes y lúcidas teorías que, si bien alambicadas a ratos, le sirvieron para orientar su producción y la de muchos artistas que le siguieron.

Sin pretender entrar en los dominios complejos de la estética, y aprovechando las bondades de la “red global”, recomiendo hacer una exploración de imágenes de obras de Paul Klee con el buscador favorito de cada cual. Verán aparecer un mundo de belleza pictórica, de una elocuencia tal, que vale más que mil palabras. La pregunta es, ¿cómo se formó esta capacidad tan grande de Klee para crear una belleza, digamos abstracta, en una época cuando la representación de la realidad todavía se consideraba la forma de lograrla, aunque se abominara de ella?

Un atisbo de la respuesta se halla en sus escritos íntimos. Paul Klee empezó a escribir un diario de vida en 1898. Tenía 19 años. Los “Diarios”, en cuatro partes, se detienen en 1918, cuando es un artista consagrado y exitoso. Sin embargo, seguirá revisando y editando dicho diario en los años sucesivos, hasta el punto de reescribirlo como una autobiografía. Selecciona al inicio recuerdos de su infancia remota: “En sueños vi los órganos genitales de la sirvienta; consistían en cuatro masculinos (infantiles) y parecían un poco la ubre de una vaca” (dos a tres años). “Mis primeras y muy precoces impresiones de la belleza de las niñas fueron sin duda intensas. Me dolía no ser yo mismo una niña y llevar esos encantadores calzoncitos blancos con encajes” (tres a cuatro años).

Desde pequeño va acumulando imágenes, algunas de ellas inventadas por él mismo, las que poblarán su fábrica creativa: “Unos malos espíritus que dibujaba toman inesperadamente realidad. Busqué protección con mi madre y me quejé de que los diablitos se asomaban por la ventana” (cuatro años). “No creía en Dios; los otros niños repetían que Dios nos tenía continuamente a la vista. Estaba yo convencido de la mediocridad de una creencia de este género” (cinco años). “En el restaurante de mi tío, el hombre más gordo de Suiza, había mesas cubiertas de mármol liso en cuya superficie se podía ver un embrollo de cortes longitudinales de fosilización. En este laberinto de líneas era posible descubrir seres humanos grotescos y trazarlos a lápiz. Ésta era una de mis preocupaciones preferidas” (nueve años).

Desde niño llenó sus cuadernos de caricaturas, de copias de cuadros famosos y no famosos, de bocetos de animales, objetos y plantas. Algunas de ellas se hallan reproducidas en la bella edición de los “Diarios” hecha en México. Con un grupo de amigos publica un periódico escolar, “El chinche”, que causa algún escándalo según se cuenta. Mientras tanto lucha con la típica duda adolescente: ¿se hará pintor o músico?

Una mirada a sus pinturas y dibujos tempranos, tan cercanos al estro creativo infantil, puede hacer pensar que Klee se quedó de alguna manera adherido a la niñez. Pero es cuando comienza a escribir sus “Diarios”, que decide maduramente estudiar pintura de manera sistemática y dedicar su vida al arte. También escribe poemas y cuentos; y toca piano y violín al nivel de virtuoso. Busca hacer de la vida arte, como lo señala. Elabora así: “El arte es, antes que nada, un conjunto de problemas de forma”. Se siente heredero del expresionismo. Se apunta bravamente en favor de las corrientes más radicales del incipiente siglo XX: el cubismo (sobre todo en autores de ultra vanguardia como Fauconnier y Delaunay, aunque también admira a Picasso), y el abstraccionismo, siendo su héroe el ruso Kandinsky.

Paul Klee fue un reconocido teórico del arte, hizo docencia y dictó conferencias en centros de vanguardia. Pero también fue un gran humorista. Muchas de esas conferencias llevan escondido detrás un humor sutil y complejo, se burla un poco de sus audiencias, los lleva por laberintos que los dejan perplejos. Esto lo hace un poco un niño bromista, lo cual también se refleja en su arte que sustentándose en un pensamiento formal duro, da sin embargo como un resultado cuadros de relativamente fácil acceso, límpidos, misteriosos, de gran virtuosismo técnico y un equilibrio que impresiona, al ser logrado con elementos abstractos. Nada hay allí de improvisado, todo responde a estructuras racionales. Y parece justamente lo contrario.

Sus diarios testimonian su lucha para alcanzar la máxima virtuosidad técnica, contando detalles de sus rutinas diarias, sus dudas íntimas y sus experimentaciones formales, sus dificultades y hallazgos. Lo anterior mezclado con reflexiones cuasi filosóficas, propias de una época (principios del siglo XX) donde esto era de rigor en los escritos personales. Un viaje por Italia lo marca profundamente, al tener acceso directo a las tradiciones estéticas clásicas y de la antigüedad. ¿Por qué no los murales de Pompeya? Tal vez allí esté el germen de su mezcla entre rigurosidad formal, alegría del color y vitalidad explosiva. Escribió en sus “Diarios”: “El color y yo somos una cosa”. Y en otra parte, este aforismo enigmático: “El arte no reproduce lo visible, lo hace visible”.

Paul Klee viajó por muchos países (Europa, pero también Túnez y Egipto), conoció las más importantes vanguardias de la época en sus fuentes, fue soldado en la guerra del 14, tocó el violín para subsistir, partió al exilio (los nazis calificaron a su arte de “degenerado”), se metió en política apoyando a la efímera república socialista de Bavaria, hizo investigación teórica y práctica (materiales pictóricos) en la Bauhaus. Influyó directamente en autores como André Masson, Miró y los surrealistas en masa. Su legado refulge hoy en día en la caricatura, el comic y el minimalismo. Bastante para una vida.

